

Para citar este artículo: Joret, Jacques. "La muerte y la gramática: Para una lectura metalingüística de *La rambla paralela* de Fernando Vallejo". *Literatura colombiana*, número especial de *Aleph: Revista de Literatura Hispanoamericana*, no. 19, Collard, P. y Montalvo, Y. (coord.). 2005, pp. 25-42. ISSN 1784-5114.
Disponibile en: http://ahbx.eu/ahbx/?page_id=7464

La muerte y la gramática: Para una lectura metalingüística de *La rambla paralela* de Fernando Vallejo

Jacques JOSET
(Université de Liège)

Con *La Rambla paralela* (2002), Fernando Vallejo se despide de la literatura por la que perdió el interés, según declaraciones suyas repetidas con oportunidad de la publicación de la que debería ser su última novela.¹ Porque «es el libro de mi muerte», dijo, porque «esa novela es el final de mis cosas, porque con esa novela yo mato al narrador de mis libros». ² O porque, digo yo, no podía ir más allá en el manejo de la interminable retahíla de invectivas en que consiste su obra literaria.

La Rambla paralela es una imprecación de ciento ochenta y una páginas, una diatriba polifónica sin corte ni respiro de un escritor colombiano invitado a una Feria del Libro de Barcelona, una sarta de improperios sin división fragmentaria ni capitular: un texto denso, como ya lo era la novela más conocida de Fernando Vallejo, *La Virgen de los Sicarios* (1994); un texto compacto de configuración cronológica caótica, y a veces imprecisa, dentro de un lapso cerrado

¹ Véanse, v. gr., Álvaro MATUS, «Odio, luego existo», in *Qué pasa* (Chile), 6/12/ 2002, consultado el 31/03/2003 en www.quepasa.cl/revista/2002/12/06/t-06.QP.CYT.VALLEJO.html; Rafael LEMUS, «El escritor como francotirador», in *El ángel* (México), 14/1/2003, consultado el 31/03/2003 en el sitio www.reforma.com/elangel/articulo/260044/; Laura DURANGO, «Vallejo se despide de la literatura», in *laprensa.com.sv*, 31/1/2003, consultado el 3/05/2003 en el sitio <http://archive.laprensa.com.sv/20030131/cultura/cul1.asp>.

² Beatriz MESA MEJÍA, «Vallejo escribió el libro de su muerte», in *El Colombiano*, 29 de octubre de 2002, consultado el 3 de mayo de 2003 en el sitio www.elcolombiano.terra.com.co/historicod/200210/20021029/nac001.htm.

de cinco días;³ un texto escrito desde el nihilismo radical («Todo quedó valiendo nada», p. 15) cuyo agujero negro aspira el tiempo y el espacio, a los personajes y hasta las focalizaciones narrativas, que pasan de una tercera persona subjetiva a un *yo* difractado: en el intersticio se cuele el vacío de la muerte, todo lo cual podría ser «una simple tomadura de pelo como todos los [libros] que he escrito»,⁴ afirmó alguna vez el escritor como para agregar, por si falta hiciere, una capa de irrisión a la empresa de aniquilación que iba montando con *El río del tiempo* (1999), que reúne seis novelas «autobiográficas» anteriores, la ya mencionada *Virgen de los Sicarios* y *El desbarrancadero* (2001). Una empresa que corresponde al programa perfilado por su compatriota Álvaro Mutis para la literatura de hoy cuya misión sería realzar la miseria del tiempo presente dominado por el terror, el cinismo y la vulgaridad.⁵

Del discurso disfórico de *La Rambla paralela* se escapan raros destellos de felicidad, el recuerdo de la abuela del viejo protagonista y de su perra, la Bruja. Pero esas pocas rachas de luz sólo sirven, se diría, para acrecentar y acelerar la aspiración al vacío integral.

Desde un principio, se podría pensar que el instrumento que le permite a Vallejo vituperar, el lenguaje, escapa al desmoronamiento de los valores que caracteriza su visión del mundo dando la razón a Javier H. Murillo: «[Fernando Vallejo] ama el lenguaje y su

³ La imprecisión cronológica se da, por ejemplo, en la indicación doble de la duración del exilio mexicano del protagonista: una vez 41 años exactos (pp. 50-51) y otra, medio siglo (p. 60). Tales contradicciones pueden salvarse a la luz de una posible clave temporal de la novela, ubicada en una «simultaneidad que abarca pasado, presente y futuro» (p. 181). Por otro lado, la cronología de la diégesis vacila entre un dato referencial del mismo año de publicación del libro (el despiadado retrato de Ingrid Betancourt, secuestrada por las FARC el 24 de febrero de 2002, p. 142) y una prolepsis profética (el Papa Juan Pablo II ya muerto [pp. 120-121], aunque todavía vivo [pp. 159 y 173], como de hecho lo era en el momento de la publicación de *La Rambla paralela*, libro impreso en noviembre de 2002). Remito directamente en el texto y en las notas a la edición original: Fernando VALLEJO, *La Rambla paralela*, Madrid, Alfaguara, 2002.

⁴ Javier FERNÁNDEZ, «Fernando Vallejo: la voz del muerto», in *Literateworld*, feb. 2003, consultado el 7/05/2003 en el sitio www.literateworld.com/spanish/2002/entrevistas/feb03/w01/entre.html.

⁵ André CLAVEL, «Mutis le mutant», in *Le Vif/L'Express*, XXI, 6.6.2003, p. 93.

autonomía, la poesía y unos cuantos poetas.»⁶ Desde luego abundan en nuestra novela las menciones y alusiones a la lengua, a su porvenir, a sus modalidades regionales, a las instituciones que la estudian en ambos lados del Atlántico, a la gramática y lexicografía españolas bajo la pluma de quien se considera, por lo menos al decir de Fernando, su avatar «ficticio» de *La Virgen de los Sicarios*, como «el último gramático de Colombia, que tuvo tantos y tan famosos»⁷, y es autor de un ensayo *Logoi. Una gramática del lenguaje literario* (1983). Todo lo cual bastaría para justificar una lectura metalingüística de *La Rambla paralela*, aunque no para suscribir sin más examen la tesis de una especie de salvación por el lenguaje de y en la obra de Fernando Vallejo. A primera vista, las referencias a los fenómenos lingüísticos señalados abogan más bien por la tesis opuesta: la lengua, como los demás elementos del mundo de Vallejo, sufriría un proceso de degradación irredimible que la arrastraría hacia este «hueco vacío lleno de aire» (p. 9) donde vino a parar la finca de la abuela.

Ya la primera refexión gramatical del viejo sobre los adverbios en «mente» viene enunciada en tono despectivo y vinculada a su propia muerte y a la de Antoine Oudin:⁸

–Pensé en los largos adverbios en «mente» del español, tan torpes, tan tontos, tan sosos, y en ese instante supe cómo me iba morir: como Oudin, resolviendo un problemita pendejo de gramática [...] Y ahora me moría como cualquier mortal, aferrado a la vida, miserablemente: con un largo y miserable adverbio en «mente».

⁶ Javier H. MURILLO, «Un huapití para Fernando Vallejo», in *Número* (Bogotá), 16, consultado el 31/03/2003 en el sitio www.revistanumero.com/16huapi.htm. La fuente de la red no nos permite precisar la fecha de aparición del artículo, pero por el contenido es de poco posterior a *Chapolas negras* (1995), una biografía de José Asunción Silva y anterior a *El desbarrancadero* (2001).

⁷ Fernando VALLEJO *La Virgen de los Sicarios*, Santafé de Bogotá, Alfaguara, 2000 (2ª ed.), p. 50. Sobre la identidad del protagonista de esta novela como gramático, véanse también pp. 37, 45, 94, etc.

⁸ Ya en *La Virgen de los Sicarios*, pp. 49-50, Fernando el gramático dice: «Ahora, pasado el tiempo, me río de esos adverbios en 'mente', tan largos pero tan desinflados. Son meras apariencias». Y en *El desbarrancadero*, Madrid, Alfaguara, 2001, p. 33, el narrador los califica irónicamente de «tranquilizadores».

—Adieu monsieur Oudin, bon voyage. (p. 11)⁹

La irónica despedida en francés al gramático del siglo XVII, autor de una *Grammaire françoise* (1632) de referencia entre los historiadores de esta lengua, es metáfora metalingüística de la expresión directa y machacona: «Todo lo tumban, todo pasa, todo se acaba.» (p. 9) o «Todo pasa, todo se olvida.» (p. 12).¹⁰

El otro lingüista, colombiano éste, presente en *La Rambla paralela*, es Rufino José Cuervo (1844-1911) también evocado a la hora de su muerte y asociado con nostalgia a una supuesta decadencia del idioma:

—Este idioma que algún día fue un idioma hoy es una colcha de retazos— pontificó—. ¿Qué diría Cuervo si estuviera aquí?

¡Qué iba a decir, si Cuervo murió hace cien años! Un muerto con cien años de pudrimiento no tiene idea de lo que es hoy la realidad, esto ha cambiado mucho. Ah, pero eso sí, las que sí no habían cambiado eran las faltas, los atropellos al idioma que Cuervo censuró y ahí seguían tan campantes como un gallo montado en su gallina (p. 41).

A pesar del verbo de sentido despectivo (*pontificó*), que ha de atribuirse a este narrador en primera persona, aquel triple *yo* ora

⁹ Más bien que de César Oudin, autor del *Trésor des deux langues française et espagnole*, diccionario de referencia obligada entre los hispanistas, el viejo de Vallejo remite aquí a su primogénito Antoine (1595-1653), autor, entre otras obras de erudición, de la *Grammaire françoise rapportée au langage du temps* (1632) y de *Curiositéz françoises, pour servir de supplement aux dictionnaires ou recueil de plusieurs belles propriétés [...]* (1640). El “problemita pendejo de gramática” mencionado aquí es el que ya figuraba en *Los caminos a Roma* (1988): “¿Je m’en vais dije? Es lo que dijo el gramático antes de morir. En pleno lecho de muerte le entró una duda de conciencia, de conciencia gramatical quiero decir, ¡qué otra!, que es lo correcto: “Je m’en vais? Ou je m’en vas?” se preguntó y murió. ¿Era Vaugelas? ¡O Oudin? Tal vez Vaugelas. Ese último momento suyo redime a Francia. Nada me puede tocar más el corazón que ese instante, que esa duda, que ese dulce eufemismo: irse por morir. Yo me voy...” (Fernando VALLEJO, *El río del tiempo*, Bogotá, Alfaguara, 2003, pp. 360-361). *La rambla paralela* resuelve el problema de atribución a favor de Oudin mientras *El camino a Roma* identificaba de antemano el “problemita de gramática”.

¹⁰ Oudin reaparece en *La Rambla paralela*, p. 94, en una lista de franceses célebres que contradice la vituperación antigua del viejo.

suizo, ora mexicano, ora español, distanciado del viejo escritor, aunque sea él mismo reflejado en un triple espejo autocrítico,¹¹ la adhesión de las instancias enunciativas a la diatriba contra «los atropellos al idioma» es garantizada por su reiteración a lo largo del texto. Por otra parte, la figura del filólogo representada por Cuervo y asumida por el viejo escritor es la represiva de la gramática normativa (*las faltas [...] que Cuervo censuró*), concepto del *bon usage* desde luego obsoleto entre los lingüistas en nombre del criterio más liberal según el cual la lengua pertenece a sus usuarios.¹²

Se vuelve a mencionar a Cuervo tres páginas más abajo extendiéndose la decadencia lingüística al hundimiento moral y social, como si «los atropellos al idioma» no fuesen sino el primer paso hacia el vacío o la causa del derrumbe y no una entre sus posibles consecuencias, lo que, de hecho, confiere a la lengua un papel social vertebrador:

El café era de lo poco bueno que seguía produciendo Colombia, toda vez que se le murieron sus gramáticos. Tras la muerte de Cuervo fue el acabose. A la licencia en el idioma siguió la de las costumbres, la compra-venta de las conciencias, la indignidad, la venalidad, el peculado, desde el policía hasta el primer mandatario (p. 44).

Pero las líneas que siguen, cuya atribución a una de las voces de la novela es de precisión difícil, bien podrían achacarse a uno de

¹¹ Como prueba entre muchas de esa distancia, que es también «una tomadura de pelo» (o una manera de asumir las contradicciones) del autor implícito, Fernando Vallejo, aduciré un solo pasaje donde el *yo* mexicano injuria a su vez al viejo colombiano: «¡Qué viejo mierda! Yo como mexicano sólo les digo una cosa: con setenta años de PRI y lo podrido que anda esto, nunca hemos producido uno igual. Malos seremos, pero no tanto.» (p. 145) El *yo* español, no advertido al parecer por la crítica periodística, se vislumbra en el *nosotros* de la observación metalingüística que contrasta la «computadora» hispanoamericana con el «ordenador», «como decimos en España» (p. 154).

¹² Cuervo asume el mismo papel de gramático correctivo en *La Virgen de los Sicarios*, pp. 20-21, donde se recuerda la distinción que debe hacerse entre «debe» y «debe de». En *El desbarrancadero*, p. 25, al autocorregir un *los* por *lo* el narrador nos recuerda que Colombia es un «país de gramáticos» entre los cuales él se cuenta (p. 165).

sus *yo es* reflexivo-críticos que interpelan probablemente al narratario, aquí lector implícito:

Y a todas éstas preguntará usted; ¿quién fue Cuervo? Hombre, Cuervo (don Rufino José) fue el más grande gramático de Colombia. Lo cual es mucho si se mira desde adentro de Colombia y de la gramática, pero si se mira desde afuera muy poquito. Cuervo no es nada, por ejemplo, en el dark room de un bar gay (p. 45).

La situación irrisoria imaginada por la instancia narrativa difractada corresponde a una reducción a la nada de la función tutelar del gramático represor, quien, no cabe ninguna duda, hubiera rechazado el *collage* de palabras inglesas en un discurso castizo. Esta figura vuelve sin embargo a aparecer tras una disquisición sobre la diferencia en latín entre «*beatus*» y «*laetus*», y el empleo de la voz correcta en un epitafio:

¿A quién preguntarle si ya nadie sabía latín? ¡Pues a un muerto! A don Rufino José Cuervo, por ejemplo. Que los muertos les pregunten a sus muertos. El latín, como lengua muerta que es, se le hacía muy bien para los epitafios. El problema era que con los dos milenios que llevaba de muerto, y masturbado durante los susodichos por la Iglesia, el cadáver se había venido descomponiendo, descomponiendo, y hoy en día no llegaba ni a polvo de polvo (p. 54).

La asimilación del latín a un cadáver menos que polvo nos remite a la misma constelación metafórica mortuoria que si bien no hace sino constatar la perogrullada diacrónica sobre la evolución de las lenguas y su desaparición, la enuncia de manera impactante. Volvemos a encontrar la misma red de asociaciones semánticas en otro comentario gramatical sobre valores temporales de los verbos en latín, atribuido a un narrador en primera persona:

Murió [el viejo] algo después, en un hotelito de Barcelona cuyo nombre he olvidado. He de ir con Colombia a buscarlo para poner en la fachada una placa: «*Hic mortus ubique notus*». De «*moriturus est*» pasó a «*mortus*»: del futuro de la voz pasiva al participio pasado. Se salió con la suya el viejo, todo era cuestión de gramática (pp. 128-129).

Quizá éste fuera el «problemita pendejo de gramática» que el protagonista, pintado bajo las especies de un gramático,¹³ resolvió a la hora de su muerte. A no ser que fuese el de la corrección ortofónica y ortográfica de la palabra «mendigo» que nos remite una última vez a Cuervo y a la inutilidad de sus esfuerzos:

Hace ciento cincuenta años en sus «Apuntaciones Críticas al Lenguaje Bogotano» don Rufino José Cuervo indicó que no se dijera «méndigo» sino «mendigo», sin tilde y con el acento en la «i». Pues para llevarle la contraria y ahora que él también se iba a morir, seguía diciendo «méndigo». El recuerdo de don Rufino lo hizo sonreír y se le cortó como por milagro el chorro de la ira. ¡Dizque «apuntaciones» y dizque «críticas» y dizque «al lenguaje» y dizque «bogotano»! Cuervo se pasó la vida contra molinos de viento (p. 187).

La transgresión voluntaria de la norma lingüística «para llevarle la contraria» a Cuervo se distingue de las carencias idiomáticas acumuladas por los colombianos y demás hispanohablantes acusados de contribuir día a día a la muerte de su lengua. De tales errores, los narradores –o narrador difractado– multiplica(n) los ejemplos que justifican su ira de gramático(s) nostálgico(s) cuya lema es: «Hay que aprender gramática y a no confundir los verbos.» (p. 13) La transgresión del mandamiento lleva a una muerte del español peor que la del latín: «—¡Se está pudriendo en vida el español, no se va a podrir el latín que está muerto!» (p. 54)

A esta muerte en vida contribuye la desidia de los locutores que, por ejemplo, utilizan la palabra «elecciones» «en singular por contaminación del inglés» (p. 57) y construyen «un mundo de neologismos» (p. 65), que no es el del viejo «nacido en Antioquia, una tierra de arcaísmos» (p. 65). El mundo entre dos milenios en el que le había tocado ver «la desaparición del idioma español, en cuestión de semanas, del milenario verbo `oír` reemplazado por `escuchar`. En este mundo de sordos que habían dejado de oír para tampoco escuchar, [...]» (p. 87). Desde ahora esta borradura del verbo «oír» y mal uso de «escuchar» ('Aplicar el oído para oír') será la mayor obsesión lingüística del escritor aguafiestas, quien bebiendo

¹³ «Era un gramático muerto a quien la muerte sólo le podía volver como un pleonismo idiota.» (p. 171)

alcohol en la terraza del Café de la Ópera de las Ramblas barcelonesas, «No escuchaba, no 'oía'» (p. 88) con comillas que subrayan el empleo correcto del verbo «oír» ('Percibir con el oído los sonidos'). Quizá porque está perdiendo el oído, como resulta de un diálogo con uno de sus *yoés*:

Por lo pronto, la muerte del verbo «oír» se le venía a sumar a todos sus males.

—¡Y qué te importa que se haya muerto si ya no oís, si también estás perdiendo la audición! —le arguía yo.

Y la estaba perdiendo, en efecto, por partida doble; fisiológica y socialmente. Lo que le decían se le quedaba en camino sin llegar a su destino, bien fuera en el laberinto dañado de su oído interno, o bien en el laberinto intrincado de su espíritu. Sólo oía cuando se trataba de enfermos, moribundos o muertos (p. 112).

La confusión de los verbos para él «era el preludio del fin del mundo. —El que no oye no escucha. ¡Van rumbo al abismo, locos, sordos!» (p. 156) Y el mal uso de «escuchar» hasta por un colega escritor colombiano le provoca una reacción emocional de rechazo:

—¡Camarero! Más de lo mismo —pidió un colega.

—No te escuchó —comentó angustiado otro.

—¡Carajo! —se dijo el viejo—. A éstos también ya se les contagió la escuchadera.

Detestaba el verbo «escuchar» casi tanto como el espectáculo bochornoso del cura papa Wojtyla babeando por televisión mientras algún clérigo lacayuno le limpiaba las babas (p. 173).

Sin embargo, el colombiano cascarrabias parece resignarse a la desaparición de «oír»: «¿Y que se murió el verbo oír? ¡Que se muriera! El idioma no es una roca inmovible, es terrón que se desmorona, arenisca que se lleva el viento.» (p. 158). La contradicción, aunque llamativa, deja de serlo si consideramos el código nihilista que estructura el texto: la precisión semántica de la voz «oír», como todos los valores, ha sido aspirada por el agujero negro filosófico que rige la vida-muerte del personaje narrador. La muerte léxica es también emblemática de los cambios lingüísticos

considerados con horror, como cualquier cambio, pero a la hora de esfumarse definitivamente de la ficción, el protagonista reivindica con vehemencia el verbo presuntamente desaparecido:

Prendió la casetera que mantenía al alcance de la mano en la cabeza y se puso a oír a Gluck. Y oigan bien lo que digo, hijos de puta que están acabando con este idioma: a oír, no a escuchar. A oír, a oír, a oír, a oír, a oír a Gluck, el músico de la muerte. El verbo «escuchar» para él no existía, lo había borrado del diccionario (p. 186).

Pero el defensor de la lengua interviene para corregir a diestra y siniestra tanto a un camarero del Café de la Ópera que dice «no hay» por «sigue sin haber» (p. 88), como a sí mismo en un diálogo interior:

El pobre era un copulador nato que lo único que hacía era pichar y oír radio.

—¿«Pichar» no quiere decir darle a una bola con un palo de béisbol?

—No, eso es «pichear», con «e». Para mí que de lo que el viejo estaba hablando era del acto del coito: el ayuntamiento, el apareamiento, la cópula (p. 125).

Lo mismo ocurre cuando el *yo* mexicano difractado del viejo le propone sustituir «por corrección política» al «hijos de perra», insulto dirigido a todos los mandatarios políticos del mundo (y al juez Garzón), por «hijos de puta», «no fuera a ofender a algún perro, que es tan noble animal.» (p. 143) Esta misma parte mexicana del narrador echa en cara al ex presidente Miguel de la Madrid (1982-1989) sus errores morfológicos y léxicos:

Muchos iban por las Ramblas con sandalias, que dejaban ver los pies: los «pieses», como diría nuestro cultísimo ex presidente Miguel de la Madrid Hurtado, así llamado no por lo hurtado pues es un hombre honorable, sino tal vez porque lo robaron. Lo asaltaron y le quitaron los ahorritos del sexenio (p. 167).¹⁴

¹⁴ Y cuando el terremoto del 19 de septiembre de 1985 en la ciudad de México: «Extinguida la furia de la tierra el viejo salió a la calle a inspeccionar los daños: edificios y edificios “colapsados”, como dijo De la Madrid.» (p. 177) Comp. «Se desplomó el [edificio] de al lado. “Se colapsó”, como dijo por televisión el presidente: “Hubieron muchos edificios colapsados —dijo el Tartufo— y muchos

Otro blanco de la ira lingüística del viejo son los locutores de los informativos televisivos, quienes «ni leer saben estos cabrones»:

Las comas las vuelven puntos, los puntos los vuelven comas, acentúan las preposiciones y los artículos, se paran a mitad de frase y de repente ¡pum!, sueltan el resto del chorro como una diarrea a media noche. ¡Malnacidos y malnacidas! ¡Cabrones y cabronas! ¡Hideputas e hideputas! Van a acabar con el idioma (p. 165).

Él mismo incurre en arcaísmos morfológicos considerados hoy como incorrectos, pero lo hace consciente de que lo son, arcaicos e incorrectos, empleándolos hasta con el camarero barcelonés:

—Traiga entonces brandy, coñac, «de lo qui haiga».

Seguía arremedando a los campesinos de su niñez como si todavía vivieran, por joder, en un idioma más discontinuado que él [...] (p. 89)

—La vida es muy corta o muy larga —sentenció—. Por eso, paisanos, acabémonos de tomar lo qui haiga.

En su apasionada defensa del idioma el viejo lo atropellaba volviéndolo mierda. Tal su forma de ser. Era un solemne desastre hundido en la desmemoria (p. 137).

En la primera cita, las comillas tipográficas subrayan el colombianismo incorrecto asumido por el escritor que, como veremos, sólo es feliz en estos cinco días de la Feria del Libro cuando habla y oye hablar a su gente con sus modismos. Tales atropellos a la lengua integrarían las contradicciones justificadas por el nihilismo de que hace gala ese «apasionado defensor del idioma» que vuelve a vituperar contra cuantos colombianos lo estropean. «Oigan» y lean esta diatriba a la que no le falta una terrible pulla misógina:

Por lo pronto, en fin, y mientras daba el paso, que cuando asumiera la presidencia les iba a coser las vaginas a todas las gallinas ponedoras, y a meter en cintura a este país ignaro que había perdido el sentido del

muerdos”. ¡Cállate imbécil! No les sumes a las catástrofes naturales las del idioma. Aprende a hablar. ¿O lo único que sabes es robar? ¡Hubieron! ¡Colapsados! ¡Ignoranta!» (*Entre fantasmas* [1993], in *El río del tiempo*, p. 555)

idioma. El natural instinto de esta lengua, vaya, que uno mama, con la leche de la concordancia y el régimen de las tetas de su madre. Así pues, para empezar, jamás se iba a dirigir a esa gentuza en términos de «colombianos y colombianas». ¿Para qué «colombianas», si con «colombianos» basta? Eso era redundancia. Y sí. En todo hombre hay metida una mujer y el género masculino abarca el femenino. ¡O qué! ¿«Padra nuestra que estás en las cielas, santificada sea tu nombra»? ¿Vamos a rezar el padrenuestro así para darles gusto a estas cabronas? La mujer es una bestia ambiciosa, paridora, lúbrica (pp. 126-127).

Si bien se puede entender este discurso como una reivindicación del sexismo gramatical y una sátira de algunas teorías feministas al respecto, hay que leerlo también *cum grano salis* por el uso de la metáfora materna afectiva aplicada a la lengua en un entorno retórico disfórico. Y huelga decir que la versión femenina del padrenuestro en boca de un narrador rabiosamente anticlerical, anticatólico y militante antirreligioso suena a autoirrisión. Pero la vituperación gramático-misógina sigue vinculada por una parte a la obsesión particular por el vacío que es el deseo de agotar la reproducción humana y, por otra, al desmoronamiento del Estado colombiano.

La resignación frente a lo ineludible de los cambios lingüísticos da paso a un último vituperio misógino cuya virulencia, basada en un tópico, aniquila el distanciamiento que el concepto implica:

De novedad en novedad, de cambio en cambio, el idioma que habló de niño se lo habían convertido en una lengua muerta. ¡Qué se le iba a hacer! Los idiomas son como las mujeres: cambiantes, insaciables, noveleros. Putas a las que cuando se les sube la confusión a la cabeza les da por tener hijos (p. 185-186).

La comparación, si bien se la piensa, es quizá menos despectiva de lo que parece ya que el proceso lógico de la lengua madre (por ejemplo el latín) que pare otros idiomas (los románicos) tras un proceso de desagregación, es el que «explica» la existencia del español cuya versión antioqueña, muerta o en vías de extinción, tiene que dar paso a una lengua nueva. Pero es muy posible que a Vallejo se le haya escapado el alcance propiamente lingüístico de la imagen dejándose llevar por el insulto misógino.

Entre las recriminaciones normativas vuelven a deslizarse, pues, las letanías sobre «la desintegración de la lengua castellana», aunque tampoco ésta sea tan evidente para el narrador en lucha contra sí: «El idioma es una mula sabia que sabe dónde pisa» (p. 149). Pero la resistencia es fugaz ya que al fin «su idioma estaba vuelto un desastre, su país otro y él otro, nada tenía remedio» (p. 152). El agujero negro del nihilismo integral acabó también con él.¹⁵

Una de las principales causas del desastre lingüístico es el desgaste semántico ineludible en una cultura postmoderna caracterizada por la hiperinflación de las publicaciones de toda clase:

—¿Cuántos libros tenés ahí, en los dos pisos?
—Cincuenta mil.
—¿Cincuenta mil? ¡Uy! ¿Cuántos millones y millones de palabras tendrán cincuenta mil libros? ¡Qué devaluación tan hijueputa la de la palabra! (p. 34)

Precisamente el colombianismo «hijueputa» es una de aquellas palabras semánticamente devaluada junto con «poeta», según el viejo (p. 41):

En Colombia, de tantos que había y de devaluarse tanto, «hijueputa» quedó valiendo nada. Ayer insulto, hoy significaba simplemente persona, tipo, un tal, un cual, un fulano, usted, su papá, su tío, yo, el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, alguien y nadie, mucho y poco, todo y nada (p. 71).¹⁶

Otra causa es la desaparición de expresiones idiomáticas por falta de usuarios como el colombianismo *el verraco'e Guaca*, o, hiperbólicamente, la de la palabra «cielo» en México «por falta de materia agente», es decir por la nube de smog que cubre la ciudad (p. 112). La exageración también puede relacionarse con lo

¹⁵ Otra profecía de la muerte del español en *El desbarrancadero*, p. 116.

¹⁶ Ya en *La Virgen de los Sicarios*, se podía leer: «[...] todo el problema de Colombia es una cuestión de semántica. Vamos a ver: "hijueputa" aquí significa mucho o no significa nada." ¡Qué frío tan hijueputa!", por ejemplo, quiere decir: ¡qué frío tan intenso! "Es un tipo de una inteligencia la hijueputa" quiere decir: muy inteligente.» (pp. 48-49) Véase también *El desbarrancadero*, p. 44 y p. 135 sobre el desgaste semántico de la palabra «sicario».

sociopolítico: «La mariquita de Gaviria borró la palabra "honorabilidad" del diccionario de Colombia. Le siguieron al bellaco Samperito y Pastranita, otros dos» (p. 71).

Sin embargo, a pesar de las calamidades lingüísticas ocurridas o profetizadas, la riqueza dialectal del español parece ser una vía de salvación para el idioma ... y para el viejo cuando se encuentra en Barcelona con otros escritores colombianos: «Una ráfaga fresca sopló desde el mar, volvió a oír hablar colombiano y el alma se le inundó de dicha. Acababa de recobrar, por un instante aunque fuera, la felicidad perdida» (p. 40). Relámpago de luz más bien breve: al pasar la página, encontramos el decreto ya comentado: «Este idioma que algún día fue un idioma hoy es una colcha de retazos» (p. 41), enunciado que se aclarará y precisará páginas después. La comunidad lingüística con sus paisanos, expresión de mentalidades parecidas, es, en el acto, objeto de sorna: «Con ellos tenía un idioma común, un pasado común y un gran sueño común: todos querían ser presidentes» (p. 43). Pero él quiere serlo para fusilar hasta el último colombiano.

Tampoco es muy cariñoso el deseo de imitación de sus coetáneos: «Decía "semos" ['somos'] por joder, por burlarse de los campesinos viejos de Antioquia, a los que se pasaba todo el tiempo en su interior "arremedándolos"» (p. 49). El estatuto del arcaísmo «lo qui haiga», que ya vimos, tampoco corresponde a un homenaje al dialecto antioqueño de la niñez sino a una *imitatio* idiomática burlesca.

El uso de los modismos colombianos es objeto de disputa entre las partes difractadas del narrador, entre el antioqueño de tercera persona que suelta segundas personas del plural a la española y uno de sus *yoes* que le reprocha su infidelidad al dialecto materno:

¿Y esos plurales de segunda persona , «habéis», «entráis», «sacáis», «zumbáis»? ¿Oí bien? ¿Un antioqueño hablando con el vosotros? ¿Habrased visto mayor fenómeno?

—¿Se te contagió España, o qué, pendejo? Dejá de [...] hablar como gachupín loco [...] (p. 50).

El «¿Oí bien?» es un eco del extrañamiento del escritor gramático que constata que los colombianos residentes en Barcelona hablaban todos con la zeta, como españoles:

[...] Los que llegan a Madrid en cambio no: siguen colombianizados. ¿Por qué? Fenómenos del lenguaje que el viejo no entendía. [...]

Le contaron que un colombiano tenía la mejor librería de la ciudad, y sí, era cierto, según constató el día que fue a verlo: hablaba con la zeta. [...]

—¿Oí bien? —se preguntaba el viejo, incrédulo, cuando oía a su paisano pronunciar la zeta (pp. 33-34).

Pero la españolización del viejo integra sus contradicciones que le hace increpar contra infidelidades a la norma materna al mismo tiempo que se echa en cara errores morfológicos asumidos y reivindicados como tales: ni se corrige el «semos» dialectal vinculado, otra vez, con elucubraciones misantrópicas (p. 77), ni deja de emplear españolismos como cualquier colombiano ubicado en Barcelona: «Con cinco días en la península y ya hablaba de “vosotros” y decía “hideputas” como Cervantes» (p. 74). Sin embargo la luna española de la noche barcelonesa, al interpelar a los escritores colombianos en el delirio del viejo con el esperado «vosotros», estaba encantada de oírles hablar con el acento colombiano (p. 84), un acento que «una de las señoritas triples» del stand de Colombia en la Feria del Libro, triples como los avatares del viejo, reconoce sin vacilar a pesar del larguísimo exilio (p. 84).¹⁷

¹⁷ No carecería probablemente de interés un análisis de la triplificación tanto temática (los «trisagios» —tres rosarios— de la abuela y los tres misterios, p. 146) como estilística en esta novela. Así es como abundan tanto las palabras repetidas tres veces como «pasó, pasó, pasó» (p. 26), «se fue, se fue, se fue» (p. 35) o «Edificios y edificios y edificios, iguales, iguales, iguales» (p. 57), «por otros, por otros, por otros» (p. 89), «pasando, pasando, pasando, acabando, acabando, acabando» (p. 107), «la misma, la misma, la misma» (p. 114), «muertos, muertos, muertos» (p. 115), «larga, larga, larga» (p. 115), «todos, todos, todos» (p. 146), «instante, instante, instante» (p. 159), «¡Que se jodan!, Que se jodan, que se jodan [...]» (p. 174), «Corra, corra, corra» (p. 177), «marchitando, marchitando, marchitando», «nos van comiendo, nos van comiendo, nos van comiendo», «Tac-tac-tac» (p. 188) o las secuencias de tres

Tales discrepancias resultan del hecho de que «escribía en español pero se hablaba en antioqueño», incurriendo en diglosias que uno de sus *yoes* confiesa irónicamente al narratario, aquí el lector implícito, que le «costaba trabajo entender» sus pensamientos: «--Pensá en cristiano, güevón —le decía remedándolo» (p. 54).

No obstante la confrontación cotidiana con el español durante los cinco días de su estancia barcelonesa (ya que no reconoce estatuto al catalán),¹⁸ lo lleva a realzar las diferencias de habla. El narrador hispanoamericano (¿el falso mexicano?) destaca tipográficamente la palabra «coche», que no pertenece a su lengua, mediante las comillas (p. 80). El mismo proceso subraya el colombianismo «medias», que designa las botellitas de medio litro del ron de Medellín, lo que da paso a juegos de palabras desglosados por la traducción «castellana» inicial (p. 101).

Otras veces la explicación de un antioquianismo se hace mediante un diálogo imaginario que desemboca en una confusión semántica jocosa por la interpretación errónea de la palabra «pirinola» ('pene de un niño'):¹⁹

—¿Y qué es una pirinola? —preguntaron los españoles, y les tuvimos que explicar:

—Un juguete que funciona así y asá, un palo que se mete en un hueco.

—Ah, un boliche.

—École, un boliche (p. 168).

miembros de naturaleza y/o función gramatical idénticas («ido, desaparecido, borrado», p. 21; «vencido, fracasado, podrido», p. 160).

¹⁸ Tampoco reconoce estatuto a Cataluña que no distingue de España a tal punto que «ni siquiera recordaba haber oído hablar en catalán» (p. 132). Y se burla despiadadamente del Ministro de Cultura colombiano quien, en un discurso pronunciado en un coctel ofrecido para agasajar a los escritores colombianos presentes en la Feria del Libro, no se refiere a España sino sólo a Cataluña...en español: «Y si estaba tan catalanizante el ilustrado, ¿por qué no hablaba en catalán? ¿Hablando en español, pero haciendo a un lado a España?» (p. 108)

¹⁹ Véase G. HAENSCH y R. WERNER, *op. cit.*, s.v. El área de extensión de la palabra, deformación de «perinola», abarcaría también Centroamérica, México y Cuba, según C. J. CELA, *Diccionario secreto, 2 (Segunda parte)*, Madrid, Alianza-Alfaguara, «El libro de bolsillo», 506, 1987, p. 412.

La conciencia de las variantes dialectales del español se expresa antes que nada en el diálogo entre las difracciones del narrador, entre el *yo* mexicano y el viejo colombiano exiliado voluntario en México con, eventualmente, para el buen entendimiento de todos, una glosa en español común: «'Lambiscones', que es mexicanismo, significa 'lambones', que es colombianismo: aduladores, rastreros, de esos que sobran en el gran velorio de la vida» (p. 113). Y lo que se dice 'vitrina' en Colombia es «aparador» en México (p. 119), lo que «norteadó» en el país azteca es «perdido» en el resto de la hispanidad (p. 153).

También lo que varía es el valor semántico de una misma palabra: «'Pendejo' en México es una palabra vulgar pero en Colombia no tiene peso semántico, quiere decir bobito. La lengua va y viene, cambia, según los caprichos del viento y la altura de las montañas» (pp. 157-158).

Que sea por diversidad lexicológica o por extensión semántica, la inflación verbal contribuye a la confusión idiomática: «'Enguayabados' es en Colombia, 'crudos' en México, en Guatemala 'con goma' y en España 'con resaca'. Y así y así. Una denominación en cada paisito de esta colcha de retazos llamada idioma» (p. 129). Es así como se invierte el sentido positivo de la riqueza dialectal de la lengua y que se aclara la frase: «Este idioma que algún día fue un idioma hoy es una colcha de retazos» (p. 41), relacionada, según vimos, con la presunta decadencia del español en un momento histórico en que las instituciones regidoras de la lengua se felicitan por su expansión y vitalidad cada vez más pujante por lo menos en cuanto a número de hablantes.

Ese optimismo lingüístico, el viejo, sólo atento a la calidad y al respeto de las normas, por supuesto no puede compartirlo. Quizá haga falta entender el diálogo siguiente como broma gastada a costa de una de estas instituciones eufóricas en cuanto al porvenir del español en el mundo:

—Maestro —le preguntó la señorita del stand—, ¿y a usted no se le ha antojado entrar a la Real Academia Española de la Lengua?

—En ese potrero no reciben colombianos, señorita —contestó (p. 137).

Cualquier superioridad del español sobre las otras lenguas, siquiera cuantitativa es una ilusión más, denunciada por la última parte difractada del narrador (¿la mexicana?, ¿la española?) en un pasaje donde tres fracciones del mismo personaje aparecen juntas... por separado:

Le hablaba de «vos» como antioqueño por seguirle la corriente. Pero antioqueño no soy, Dios libre y guarde. Soy suizo. Un suizo que escribe en español.

Acto seguido el suizo extravagante pasó a sustentar la tesis de la superioridad del español sobre los demás idiomas, con la que el viejo se identificó plenamente. Yo no. Eso es proselitismo idiomático, bobadas de los hispanistas, que son una especie en extinción. En fin, allá ellos, cada loco con su tema. (p. 63).

De todas formas, esta tesis de la superioridad de una lengua sobre otras —una herejía lingüística que puede ser peligrosa como todos sabemos— no podría ser defendida por el presunto heredero de Cuervo sino en el nombre de un español idealizado ya muerto y enterrado que existió sólo en su imaginación.

De hecho el viejo vive o se muere en un mundo imaginario que desconoce la confusión, exige la precisión y hace de la claridad el cuño del discurso tanto oral como escrito. Pero tampoco es tan claro ya que tiene que asumir la confusión de la contradicción entre el lema nominalista que va repitiendo «El nombre no cambia la esencia de las cosas» (pp. 21 y 53) y la antítesis realista que le objeta uno de sus *yoes*: «nunca dos nombres distintos designan dos cosas iguales» (p. 21) o «El nombre es todo. Sin él no hay cosas» (p. 53).²⁰

²⁰ La segunda ocurrencia se da a propósito de la Rambla Paralela del título que en los mapas, afirma el viejo, se llama ahora «el Paralelo». Pero la descodificación del título supera la topografía y se instala en la simbología: *La Rambla paralela* es la de los fantasmas, de los muertos, de los que son «inconsútiles» creyéndose reales (p. 28); la Rambla Paralela, (o, más exactamente, en los actuales mapas de Barcelona «Avinguda del Paral·lel») es más bien «sesgada» (p. 51), lo que si es geoméricamente exacto con respecto



A la hora de concluir este estudio, no es fácil presentar un sistema que procure alguna coherencia a nuestra lectura metalingüística de *La Rambla paralela*. El eje de dicho sistema —si de sistema se puede hablar— lo constituiría el camino de la lengua que, como los demás valores simbólicos que configuran el ser humano, lleva a la nada. Ni los más famosos gramáticos del pasado escapan de la ironía del (de los) narrador(es): sus esfuerzos para enmendar la lengua de sus contemporáneos, y sobre todo de los nuestros, también desembocaron en el vacío. La lengua se conforma, pues, con la decadencia general de la sociedad o, como queda dicho, está con respecto a ella en una relación de causalidad.

Un concepto normativo es el que rige el pensamiento lingüístico del protagonista pero se subsume en un imposible conjunto de nominalismo y realismo, él mismo arrastrado por la corriente de nihilismo ideológico que informa el discurso narrativo. La metalingüística de *La Rambla paralela* es, desde luego, un caos de contradicciones tanto conceptuales como preceptivas donde se reivindican los dialectismos al mismo tiempo que se les condena.

El significante tipográfico de las comillas es emblemático de las incoherencias asumidas por el viejo, máscara en la particular autobiografía de Fernando Vallejo del autor implícito y, más que probablemente, del autor a secas: ora las comillas realzan un empleo léxico correcto (*oír*), ora ponen en evidencia un arcaísmo morfológico ahora erróneo (*de lo qui haiga*).



a las Ramblas de todos conocidas, lo es también en el sentido figurado: es la vía torcida, oblicua que corre en otro mundo.